



MERCADO DE ABASTOS DE PALENCIA

Los cuentos del recuerdo

SUSANA MADRUGA PÉREZ

Aunque todavía estaba a 10 kilómetros de la ciudad, sus ojos ya vislumbraban el Cristo del Otero, el protector de aquella ciudad que ella amaba tanto. Mariela había tardado mucho en regresar a Palencia. Demasiado tiempo sin perderse por los soportales de la calle Mayor, sin pasear por el monte El Viejo, sin entrar en “La Bella Desconocida”, y sin volver a pisar aquel mercado de abastos que tanto cambió su vida.

Mariela regresaba a Palencia para acudir a un congreso. Dieciocho años después de su marcha, la jovencita pecosa volvía convertida en una especialista geriátrica de reconocido prestigio, casada y madre de dos niñas. Hasta aquel día ella nunca había creído en el destino, sin embargo, cuando se vio en la calle Berruguete, parada como una estatua delante de la puerta del que había sido su tercer hogar: el mercado, sintió que, como siempre le decía su abuela, “todos acabamos, tarde o temprano, regresando al lugar del que nos vamos”.

A pesar del paso de los años, ella seguía recordando aquel verano de 1982. Por aquel entonces, con sus 17 años recién cumplidos y un título que la convertía en apta para la universidad, lo único que preocupaba a la joven era cómo divertirse y disfrutar junto a su abuela materna del caluroso mes de julio que iba a pasar en Palencia.

Mariela adoraba a su abuela y desde pequeña había estado muy unida a ella. Marucha era una mujer campechana, sincera y cariñosa. Una de las cosas que más le gustaba a Mariela, desde pequeña, era acompañar a su abuela al mercado de abastos. Le encantaba tirar del viejo carrito verde y rojo, y quedarse mirando como su abuela conversaba con los tenderos de los puestos, y con los clientes que esperaban el turno para comprar:

–Supongo que estos tomates estarán buenísimos, ¡con el precio que tienen! –señaló Marucha a Esther, la dependienta de la frutería Perejil y Peces.

–Marucha, que son de la tierra y lo de la tierra se paga bien –respondió la tendera.

–Pues como todo lo de la tierra tenga el mismo precio...

–Anda, para que quieres los dineros. Además, hoy viene tú nieta contigo, así que gasta con alegría los “cuartos”.

Mariela se emocionó al recordar aquellas mañanas en el mercado con su abuela. A pesar del tiempo transcurrido, en su memoria todavía perduraban los consejos de la tata (como cariñosamente era conocida su Marucha), sobre cómo y dónde había que comprar en el mercado. También recordaba como había conseguido su primer trabajo de verano. Llevaba sólo dos días con su abuela y –como todas las mañanas–, ambas habían ido a hacer la compra. Mientras su abuela esperaba su turno en La Perla del Océano, a ella la había mandado a comprar unos filetes de pollo a la Casquería Ana.

Allí, entre muslos, alas, despiece y aves, empezó el “Mejor verano de Mariela”.

–Buenos días, quería dos pechugas de pollo en filetes –pidió la joven.

–Buenos días –respondió Ana–, ¿dónde has dejado a tu abuela?

–Ella viene ahora, está comprando un poco de pescado.

–¿No te aburres aquí?, esto es muy diferente a Madrid, ¿no? –preguntó la comerciante.

–Sí, todo es muy diferente, pero yo me lo paso muy bien con mi abuela. Además, no me va a dar tiempo a aburrirme, sólo me quedó el mes de julio. En agosto, cuando a mis padres les den las vacaciones, Marucha y yo nos vamos con ellos a Águilas.

–Es bonito ver a abuela y nieta tan unidas. Por cierto, como ahora vas a tener bastante tiempo libre, ¿te apetecería trabajar en el mercado?

Marucha llegó justo a tiempo de oír aquella propuesta.

–Pero tú estás loca Ana, como le dices eso a Mariela. Si te oyeran sus padres...

–No tergiverses mis palabras, Marucha. Yo sólo intentaba que la niña no se aburriera, y me he acordado de que los hijos de Doña Paquita buscan una persona que eche una mano a su madre en la floristería. Tú ya sabes que sería cosa de poco: que le dé conversación, que le ayude a hacer algún paquete..., en fin que le haga compañía.

–No sé, es muy descabellada la idea –añadió Marucha.

–Abuela –dijo Mariela–, a mí me encantaría. Ya sabes que los ancianos se me dan bien, venga, di que sí...

–Pero niña, ¿qué les digo yo a tus padres?

–Nada –sugirió Ana–, ellos no tienen porque enterarse. Además, sólo sería por las mañanas, de diez a una.



Marucha no estaba segura, pero vio a su nieta tan entusiasmada con la idea que no pudo resistirse y cedió. Lo primero que hicieron fue a hablar con Doña Paquita, por supuesto que a la anciana la idea le encantó. Ella conocía a Marucha de toda la vida. Además, Mariela la recordaba mucho a una nieta suya que vivía con sus padres en México. Así, que sin pensárselo demasiado le propuso a la joven empezar a trabajar al día siguiente.

Aquella noche Marielita –como cariñosamente la llamaba su abuela–, no pudo dormir mucho. Estaba demasiado nerviosa por la aventura que la esperaba al día siguiente. La mañana despertó a la joven con un desayuno de esos que invitan a levantarse de la cama. Marucha la acompañó al mercado, a pesar de que la chica sabía perfectamente donde estaba, con la excusa de que había encargado en Dulces Agustín un pan bregado y un cuarto de roscas.

–Buenos días, Marielita –dijo Doña Paquita.

–Buenos días, ¿qué tal está hoy? –respondió la joven.

–Bien, tesoro. Ven, entra, tengo que pedirte un favor.

Mariela entró deprisa, quería causar una buena impresión a la anciana, y estaba deseosa de sentirse útil.

–Necesito que vayas a El Corcho y me compres unos botones. Estoy haciéndole una chaquetita a mi princesita y ya sólo me queda coserle los botones.

–¿Dónde está esa tienda?

–Muy fácil, tú sales por este pasaje a la calle Joaquín Costa, y justo enfrente de la puerta principal del mercado está el comercio.

La joven se fue corriendo tan deprisa que al final del bulevar que une el mercado con la Diputación se llevó literalmente por delante a Carlos.

–Hay que mirar por donde se va –dijo el joven un poco serio.

–Lo siento mucho, tienes toda la razón –se disculpó Mariela–, pero iba despistada y tan deprisa que apenas si te he visto.

–Bueno, tampoco es para tanto, a lo mejor me he pasado un poco –añadió el chico.

–Lo siento mucho, iba pensando en el encargo que me ha hecho Doña Paquita y...

–Doña Paquita, ¿la de la floristería?

–Sí, ¿tú la conoces?

–Todo el mundo conoce a Doña Paquita, es una mujer increíble, cuenta las mejores historias que he oído nunca –contestó el joven–. Por cierto, me llamo Carlos y soy el hijo de Modesto, ya sabes, el de Pescados Modesto.

–Yo me llamo Mariela y no, no sé quien es Modesto. No soy de aquí. Mi abuela seguro que lo sabe, lleva viniendo al mercado desde siempre. Se llama Marucha, ¿la conoces?

–No, bueno, seguro que si la veo la conozco, pero por el nombre sólo controlo a los comerciantes. Ya sabes, de venir a ver a mi padre.

–Bueno, Carlos me alegro mucho de haberte conocido, ahora tengo que ir a hacerle el recado a Doña Paquita.

–Lo mismo digo Mariela –se despidió el joven.

Mariela reanudó el paso, pero esta vez mucho más tranquila; además, había una fuerza que tiraba de ella y la hacía girar la cabeza para volver a ver a aquel joven que no estaba nada mal. Cuando la joven



regresó con los botones a la floristería se encontró a Doña Paquita hablando con Carlos.

–¡Qué pronto has vuelto Marielita!, mira ven que te presento, este muchacho tan guapo es Carlos.

–Ya nos conocemos Doña Paquita –respondió Mariela.

–Sí, hemos tropezado antes –añadió el joven todo sonrojado.

Mariela sintió también que se estaba poniendo colorada. Carlos le gustaba, le parecía un chico muy interesante, y hasta Doña Paquita notó que entre los jóvenes había mucha complicidad.

–Bueno parejita, que os parece si hacéis a esta viejecita un gran favor –les insinuó.

–¿Qué es lo que necesita Doña Paquita? –preguntó Mariela.

–Quiero que vayáis a comprar algo para almorzar. Seguro que no sabéis lo que es almorzar.

–Por favor Doña Paquita, eso lo sabe todo el mundo –manifestó Carlos.

–Bueno, todo el mundo no –respondió Mariela.

–Almorzar –añadió Doña Paquita– es un hábito propio de la gente del campo, de los labriegos y los pastores que se levantan con la aurora y desayunan tan temprano que al llegar el mediodía tienen necesidad de reponer fuerzas para llegar a la hora de la comida.

–¿Qué quiere que compremos? –dijo Carlos, interrumpiendo a la anciana.

–¿Os gusta el queso? –les preguntó Doña Paquita.

–Sí, respondieron al unísono los jóvenes.

–Pues quiero que traigáis un cuarto de queso cerrato de la Quesería Ciri.

Aunque los jóvenes desaparecieron de la vista de la anciana al introducirse dentro del mercado, Doña Paquita no podía dejar de emocionarse con la estampa de la parejita. Durante unos instantes olvidó que se sentía mayor, que cada vez le resultaba más difícil consumir las horas de los días, que vivir se le hacía cada vez más interminable.

Así fue como transcurrió aquella primera mañana del mejor verano de Mariela. Sin apenas darse

cuenta, el mercado, sus gentes y la tranquilidad de espíritu que da sentirse libre se fue haciendo imprescindible para la joven. Marucha notaba como su nieta había cambiado, como en unos pocos días se había ido convirtiendo en otra persona. Ya no sólo se trataba de la cara de felicidad que irradiaba cuando hablaba de Carlos, o de lo que disfrutaba contando las historias que Doña Paquita le relataba. Mariela había descubierto que las personas son importantes, que no estamos solos y que no somos islas aisladas, sino cúmulos de archipiélagos.

Marucha sabía que haber dejado que aceptase el trabajo había sido una buena idea. Aquel –estaba seguro de ello–, iba a ser el mejor verano de la niña. Doña Paquita también estaba alegre, la joven le devolvía las ganas de acudir todas las mañanas al mercado y la entretenía mucho. Marielita era una joven muy curiosa, y no le dejaba un minuto tranquila, que si cuéntame cuándo se construyó el mercado, por qué tiene tres puertas de entrada, qué significan los escudos de la fachada... y así todo el día. Pero aquello no era problema para la anciana. A ella le encantaba hacer de todo un cuento, de hecho en su época de mozueta había quedado finalista en el concurso de charlatanes y cuentistas de Tierra de Campos



La relación entre Mariela y Carlos también progresaba conforme avanzaba el mes de julio. Poco a poco se habían hecho inseparables, por las mañanas el joven siempre hacía una visita de rigor a la floristería –para saludar a Doña Paquita, decía–; y por las tardes, cuando el sol ya no picaba tanto, la parejita se iba a pasear un rato su amor adolescente por el Parque de la Isla.

Pero a pesar de que todo hiciera aquel verano especial para Mariela, ella sentía que lo mejor de todo era haber conocido a Doña Paquita, la florista–maestra que de joven había querido escribir cuentos para niños. Precisamente de aquella vocación de juventud, frustrada por la guerra, por el hambre y por seis hijos, nacían los cuentos del recuerdo, como el del gatito que cuidaba del Cristo del Otero:

"Érase una vez un negro gatito que había sido abandonado por su madre en el Cristo del Otero. En aquel cerro que rodeaba a la ciudad, el pobre animalito se hubiera muerto de no haber sido porque el cristo le protegía y le cuidaba. Como el faro del Corazón de Jesús era uno de los lugares favoritos para los turistas, el desvalido Machito (así se llamaba el pequeño felino), siempre tenía alguien que le diera de comer. Todos los visitantes que subían hasta la escultura, no sólo se quedaban impresionados con el cristo, sino que además se encariñaban con Machito, el lindo gatito que les miraba con ojitos de "cordero degollado" y repetía constantemente: "miau, miau, miau", hasta que conseguía que le dieran algo de comer y le hicieran mimos.

Un día, entre aquellos ilustres visitantes que visitaban la ciudad, llegó una princesa de la tribu de los Himbra, Kaoland. La niña no pudo resistir el encanto de Machito y, nada más verlo, sintió que aquel animalito formaba parte de su reino. Machito no puso ninguna resistencia a Kaoland; al contrario, también sintió, con su corazoncito de minino, que Kaoland era la persona que mejor cuidaría de él. Además, estaba como loco por tener su propia habitación, su camita y sus juguetes. Así fue como el gatito del Cristo del Otero se fue a vivir a Namibia".

Pero los cuentos son cuentos y nadie dijo que en el mundo de la fantasía no existiera un lugar para el dolor. Mariela, a pesar del tiempo transcurrido, todavía tenía cicatrices en el alma. Todo el universo que había construido en el mercado quedó de repente sesgado. La muerte, disfrazada con pétalos de crisantemo, destruyó, sin previo aviso, el que estaba siendo el mejor verano de su vida.

Todo sucedió la mañana del 23 de julio. Mariela llegó al mercado como cada día, pero en esta ocasión le sorprendió el barullo de gente que había en sus alrededores, y el encontrarse el bulevar donde estaba la floristería acordonado con una cinta de plástico. Con la valentía y la espontaneidad propia de la juventud, Mariela fue haciéndose hueco hasta que, pegada al cordón policial, contempló la escena que a pesar de los años seguía grabada en su memoria.

Allí sobre el frío cemento de la acera, vio tendida a Doña Paquita. Mariela sólo tuvo tiempo de sentir una punzada que le atravesaba de arriba a abajo. Lo próximo que recordaba era un montón de gente a su alrededor dándole aire, y un médico que le preguntaba cómo se encontraba. Fue Carlos quien le contó que había perdido el conocimiento, seguramente por el impacto de haber visto a Doña Paquita muerta. Él, también, le explicó como había ocurrido lo de la anciana:



–Según los médicos ha sido un paro cardíaco. Antonio, el de la salchichería, dice que estuvo hablando con ella nada más llegar al mercado. Después, Doña Paquita se fue a abrir la tienda y al poco tiempo se oyó a alguien gritar, voces y la sirena de la ambulancia.

Mariela tenía muchas ganas de llorar, se había encariñado mucho con la anciana. Por eso, cuando vio llegar a su abuela se derrumbó. Marucha intentó consolarla, pero es difícil decirle a la tristeza que no duela, así que la dejó llorar y llorar, esperando que el nuevo día le trajera un poco de calma.

Pasaron dos días hasta que Mariela le pidió a su abuela que le acompañará de nuevo al mercado. Necesitaba volver a la floristería, despedirse del mercado y de Doña Paquita. Allí, delante del que había sido su refugio estival, Mariela rehizo uno a uno los mejores momentos de los días que había pasado con la que a partir de entonces fue su abuela Paquita. Marucha comprendía bien el dolor de la joven, ella había perdido ya a muchos seres queridos y siempre tenía la sensación de que ver morir a los que nos precedieron en la vida nos duele porque tenemos miedo a perder nuestra identidad.

–Vive Mariela, vive y paladea las palabras –soltó de pronto Marucha a su nieta, mientras la abrazaba.

–Abuela, ella decía lo mismo: "paladea las palabras... vive..."

–Lo sé, a mí también me lo repetía constantemente. Ella te ha enseñado a escuchar, a contar historias, a vivir. Ahora empieza todo para ti. Tú eres todavía muy niña y tienes toda la vida por delante para llegar a ser como ella. Empéñate en hacernos felices a los demás, invéntate la vida y colorea nuestra existencia con tus historias.

Mariela se emocionó con lo que su abuela le estaba contando. Siempre había sabido que era una gran mujer, pero en aquella ocasión pudo constatarlo. Aquellas palabras y la actitud de lucha de Marucha fue lo que le animó a decidir qué quería ser de mayor. El verano le había causado una gran pena, pero a la vez le había descubierto su verdadera vocación: ser médico especializado en geriatría.

Hacía mucho de aquello, mucho de la despedida del que había sido su primer novio, mucho de su primer trabajo y mucho de su primer gran verano. Mariela llevaba mucho tiempo queriendo regresar a Palencia, sin embargo, nunca había encontrado el momento. La marcha de su abuela a Madrid, y el hecho de que Carlos se hubiera ido a vivir a Mallorca habían contribuido a aquella demora. Pero por fin estaba dónde quería estar, a punto de volver a entrar al lugar del que se había marchado en el verano de 1982. ■

SUSANA MADRUGA PÉREZ
AUXILIAR DE CLÍNICA



MERCADO DE ABASTOS DE PALENCIA

El Mercado de Abastos de Palencia es un edificio singular, construido en 1890, cuya última reforma tuvo lugar en 1998. Se localiza dentro del casco histórico de la ciudad, entre las calles de Berruguete, Joaquín Costa y el Edificio de la Diputación Provincial. La estructura es de una magnífica ejecución, completamente realizada en hierro y combina una elevada cantidad de elementos, encontrándose decorada con numerosos motivos singulares. El edificio se desarrolla en una única planta. Los accesos se sitúan en los extremos de los ejes longitudinal y transversal. La fachada está considerada como patrimonio artístico. El Mercado dispone de un total de 106 puestos, que se distribuyen 940 metros cuadrados de superficie comercial útil, incluyendo 20 fruterías, 23 pescaderías, 39 carnicerías y el resto de otros productos de alimentación y no alimentación. Recientemente, la Empresa Nacional MERCASA ha elaborado un estudio en el que se fijan las necesidades de remodelación del Mercado para adecuar sus estructuras comerciales a las necesidades actuales y futuras de la ciudad.